

Sandoval entre tanto no descuidaba los movimientos de Narvaez: desde que se avistó la flota desconfió de su objeto el vigilante oficial, y apenas supo el desembarco de los españoles, cuando puso á sus pocos inválidos en lugar seguro, repuso las fortificaciones y se preparó á mantenerse en la plaza hasta la última estremidad. Los soldados le ofrecieron no abandonarle; y para mejor corroborar la resolución de aquellos que se viesan tentados de vacilar, mandó levantar una horca en un lugar público. Pero la constancia de sus soldados no fué puesta á prueba.

Los únicos invasores de la plaza fueron un sacerdote, un notario y otros cuatro españoles escogidos por Narvaez á aquel intento. El eclesiástico se llamaba Guevara; al presentarse ante Sandoval le dirigió una arenga muy formal en que ponderaba estremadamente los derechos y servicios de Velazquez, y acusaba á Cortés y sus compañeros de rebeldes; exigiendo á Sandoval que reconociese sumisamente á Narvaez por autoridad legítima.

El comandante de Villa Rica se irritó de tal suerte al ver la manera inconsiderada con que se trataba á sus compañeros, que aseguró al reverendo

en los archivos de la Academia de Historia. Abraza ciento diez Páginas en fóllo, y se titula: "El proceso y pesquisa hecha por la Real Audiencia de la Española y tierra nuevamente descubierta para el Consejo de S. M."

embajador aue solo su hábito podia preservarle del castigo que merecia. Guevara se sostuvo á su vez, y llamó al escribano para que diese fé de lo que acababa de proferir Sandoval; pero éste lo estorbó intimidando al notario que si tal hacia sin presentar antes autorizacion espresa de la corona, haria que fuera cruelmente azotado, Guevara no pudo reportarse por mas tiempo é insistió en repetir sus órdenes en tono mas amenazador que antes. Sandoval era hombre de pocas palabras: hizo notar simplemente que el instrumento público debia de ser leído al general en México mismo, y ordenó al mismo tiempo que viniesen algunos tamanes ó cargadores sobre cuya espalda fueron atados el eclesiástico y sus pobres compañeros, como si fuesen tercios de algodón: se les puso bajo la custodia de veinte españoles y se les envió al punto á la capital. Viajaban de dia y de noche sin tomar mas descanso que el tiempo preciso para que se remudasen los cargadores; por manera que al pasar por tantas ciudades populosas, campos sembrados, bosques y praderas, y conducidos de una manera tan nueva, dudaron de si iban soñando ó despiertos. De esta suerte llegaron al c arto dia á orillas del lago tetzcocano, en rente de la capital azteca. ¹

1 "E iban espantados de que veian tantas ciudades y pueblos rantes que les traian de comer y unos los dejaban y otros los to-

Sus habitantes ya sabían la llegada de los blancos á la costa: se había dado á Moteuczoma noticia de su desembarco y cuentan que el monarca (cosa que no es probable) la ocultó por algunos días á Cortés; ¹ pero que por último le invitó á una entrevista y le dijo que ya no había obstáculo para que saliera del país, pues había llegado una flota de que podía disponer. A las preguntas del atónito general, contestó Moteuczoma señalándole un mapa geroglífico que de la costa acababan de mandarle, y en el que estaban esactamente delineados los buques, los españoles y todo su tren. Cortés disimuló todas sus impresiones menos la del placer, y exclamó: "¡bendito sea el Redentor por tales mercedes!" Al volverse á los cuarteles fué recibida la nueva con exclamaciones, cañonazos y otras demostraciones de alegría. Los soldados creían que aquel era un refuerzo que venía de España; pero no así su general quien desde el principio sospechó que eran enviados por su enemigo el gobernador de Cuba. Comunicó sus sospechas á los oficiales y de allí se propagaron hasta los soldados; de modo que aquel rayo de alegría se extinguió instantáneamente. Siguiéronse mil alarmas sobre la probabilidad de aquella

maban, y andar por su camino. Dicen que iban pensando si era encantamiento ó sueño." Bernal Diaz, cap. 111. Demanda de Ceballos, MS,

¹ "Ya había tres días que la sabía el Moteuczoma, y Cortés en sabía cosa ninguna." Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 110.

conjetura y sobre la fuerza de los invasores; mas no obstante, no les abandonó la constancia: se resolvieron á permanecer fieles á su causa y á su general, sucediera lo que sucediese; siendo esta una de las ocasiones en que se probó la influencia que ejercía Cortés sobre sus aventureros. La llegada de los prisioneros de Villa Rica dispuso luego todas las dudas.

Uno de los que los custodiaban dejó á la comitiva en los suburbios, entró en la ciudad y entregó al general una carta en que Sandoval le informaba de todos los pormenores. Cortés ordenó al instante que fuesen desatados los prisioneros y que les llevasen caballos para que hicieran su entrada á la capital, que era un medio de conduccion menos vergonzoso que la espalda de los tamanes. Cuando llegaron los recibió con notable cortesía, vituperó la conducta áspera de sus oficiales, y procuró por medio de las mas árduas atenciones, mitigar la irritacion de sus ánimos; llevando la buena voluntad hasta el extremo de dar regalos á Guevara y sus asociados, de suerte que en poco tiempo efectuó en aquellos hombres un cambio completo y de enemigos que eran los convirtió en sus partidarios; obteniendo de ellos muchas é importantes noticias, no solo acerca de las intenciones que traía el general, sino de la disposicion en que se encontraba el ejército. Dijéronle que los soldados en general, lejos

de querer un choque con Cortés, cooperarían con él á la conquista, si no fuese por el comandante: que no tenían odio ni venganza y que sus intenciones eran rectas: que la influencia personal de Narvaez no era muy considerable, y lejos de eso su arrogancia y presuncion le habian enagenado el afecto de sus compañeros. El general no desperdió estos informes.

Dirigió á su rival una carta en los términos mas conciliatorios. Suplicábale que no manifestase públicamente su animosidad y encendiendo en los indios la insubordinacion pusiese en riesgo lo que tan bien asegurado estaba: que un choque entre ellos dos seria perjudicial aun al vencedor y fatal para ámbos: que solo en la union les quedaba esperanza de triunfo: que estaba pronto á recibir á Narvaez en sus brazos como á su hermano y á partir con él los frutos de la conquista, y finalmente que si traia órdenes del rey, estaba dispuesto á obedecerlas. Cortés sabia muy bien que tales órdenes no traia Narvaez. ¹

Poco despues de la partida de Guevara y sus compañeros, determinó enviar él por su parte un embajador. ² El escogido para este cargo delicado

¹ Oviedo, Hist. de las Ind. MS. lib. 32, cap. 47. Rel, Seg en Loronzana, pp. 117 y 120.

² "Nuestro comandante les dijo tan buenas cosas, y les untó tambien con oro la mano, que aunque venian como leones hambrientos los puso como á unos corderitos." (cap. 11.)

fué el padre Olmedo, persona que durante la campaña habia mostrado ese buen juicio y tacto para los negocios, que es raro de encontrar en los que se dedican á la carrera de la Iglesia. Llevaba una carta para Narvaez concebida en los mismos términos que la anterior. Cortés escribió tambien al Lic. Ayllon, cuya partida ignoraba y á Andres Duero, antiguo secretario de Velazquez é íntimo amigo del conquistador, y que habia venido en la nueva flota. Olmedo llevaba instruccion de conversar en lo privado con estas personas y con los principales oficiales y soldados para prepararles á un avenimiento amistoso. Para añadir nuevo peso á sus razones llevaba una buena cantidad de oro.

Durante este tiempo abandonó Narvaez su desig- nio de fundar su colonia en la playa, y se internó hasta Zempoalla donde hizo sus cuarteles y donde le encontraron Guevara y sus compañeros que llevaban la carta de Cortés. Narvaez la miró al principio con desden que se trocó luego en áspero desagrado cuando sus enviados empezaron á ponderarle los recursos formidables de su rival y á aconsejarle que de cualquiera manera aceptase las ofertas amistosas que le hacian. Muy diverso efecto produjeron en los soldados que prestaban oidos codiciosos á las noticias sobre Cortés y su trato franco y liberal, que tan duro contraste formaba con el de su comandante; sobre la abundancia que

reinaba en el campo, donde aun el mas pobre podia apostar en el juego su cadena ó tejo de oro, donde todos vivian en la abundancia y donde la vida del soldado parecia un largo día de fiesta. Guevara solo habia pintado la parte brillante del cuadro.

La presencia del padre Olmedo renovó estas impresiones. El eclesiástico entregó á Narvaez las misivas que traia. El comandante desfogó su ira en amargas invectivas contra su rival, habiendo llegado uno de sus capitanes llamado Salvatierra, á decir públicamente que él cortaria las orejas al perro y las freiria para almorzárselas. ¹

Estos sarcasmos impotentes no alarmaron al animoso fraile, quien luego entró en comunicacion con los principales oficiales y soldados, á los cuales encontró muy dispuestos á un arreglo. Su insinuante elocuencia ayudada de sus larguezas, le fueron ganando los corazones, y á presencia de Narvaez mismo se formó un partido en favor de su rival. Estas intrigas no pudieron quedar tan secretas que no llegasen á oídos de Narvaez que inmediatamente habria arrestado á Olmedo y le habria puesto preso, si no [hubiese sido por la interposicion de Duero. Contuvo todas las maquinaciones del padre, haciendo que regresara á donde estaba Cortés; pero ya estaba introducido el veneno.

¹ Ibid, cap. 112.

Narvaez volvió á echar la bravata de que iria contra Cortés y le prenderia como á un traidor. Los zempoaltecas quedaron asombrados al ver que sus nuevos huéspedes, aunque compatriotas, eran enemigos de los primeros. Narvaez proclamaba tambien su intencion de quebrantar el cautiverio de Moteuczoma y de restituirle al trono. Dícese que recibió un rico regalo del emperador, con quien entabló correspondencia. ¹ Que Moteuczoma haya tratado á Narvaez suponiéndole amigo de Cortés, con su munificencia acostumbrada, es muy probable mas que haya entrado en negociaciones secretas contrarias á los intereses del general, es demasiado repugnante para creerlo ligeramente.

Estos sucesos no escaparon al ojo vigilante de Sandoval, quien obtuvo nuevas noticias, provenientes unas, de los desertores que se presentaron en Villa Rica, y otras de sus propios agentes que, disfrazados de indios, se introdujeron en el campo de Narvaez. Envió á Cortés relacion circunstanciada de todo lo que sabia, le instruyó de la defeccion cre-

¹ Ibid, cap. 111.

Oviedo dice que Moteuczoma convocó su consejo de nobles, en el cual se decidió dejar entrar á las tropas de Cortés en la capital, y despues envolverlas á ellas y á las de Narvaez de un solo golpe. (Ubi supra.) Pero considerando el gran miedo que los mexicanos tenian á este último, se ve que cuento mas improbable no se puede haber imaginado. Pero nada es improbable en la Historia, aunque segun la máxima de Boileau, pudiera serlo en la fábula.

ciente de los indios, y le instó para que tomase las mas prontas medidas para defender á Villa Rica, á menos que no la quisiese verlo caer en manos de su enemigo. El general conoció que era llegado el tiempo de obrar.

Sin embargo, era sumamente difícil la eleccion del camino que se debia seguir. Quedarse en México y aguardar allí el ataque de su rival, habria sido darle tiempo para que reuniese todas las fuerzas del imperio, incluso las de la capital misma, pues que no habia duda en que todos querrian servir bajo las banderas de cualquiera gefe que les ofreciese libertar á su rey. Los enemigos eran demasiado formidables para aventurarse á ningun paso imprudente.

Marchar al encuentro de Narvaez era abandonar á la capital y al emperador, era perder todos los trabajos y triunfos; no pudiendo tampoco dejar en la ciudad una parte de la guarnicion para que le pusiese miedo, pues era demasiado débil el ejército para dividirlo. Sin embargo, este último partido es el que abrazó. Seguramente confiaba mas que en un encuentro de armas, en su influencia personal y en sus intrigas para provocar un avenimiento. No obstante, se preparó para aquél y para este.

En el capítulo anterior hemos visto que Velazquez de Leon habia sido enviado con ciento y cincuenta hombres á fundar una colonia en uno de los grandes rios que desembocan en el golfo de Méxi-

co. Cortés luego que supo la llegada de Narvaez, le envió un correo para instruirle de aqual suceso y prevenirle que no continuase su marcha. Mas Velazquez lo sabia ya por el mismo Narvaez que en una carta escrita á poco de haber desembarcado le conjuraba á nombre del gobernador de Cuba, pariente del primero, á que se alistase bajo las banderas de éste y abandosé las de Cortés. Velazquez habia mucho tiempo antes olvidado sus antiguos resentimientos con el general, al cual era hoy enteramente adicto y que en toda la campaña le habia honrado con singulares favores. Cortés habia conocido desde luego cuánto le importaba ganarse á tal oficial. Este, sin aguardar órdenes de la capital, emprendió inmediatamente su contramarcha hácia ella; habiendo recibido en Cholula la orden que le daba Cortés de verificarlo.

El general envió tambien á la provincia distante de Chinantla, situada al S. O. de Cholula, por un refuerzo de dos mil indios. Eran estos belicosos, enemigos de México, y habian ofrecido á Cortés sus servicios desde que residia en la metrópoli. Usaban para combatir de una lanza mas larga que la de la infantería española y alemana. Cortés mandó hacer tres mil lanzas de dos cabos, los que en vez de ser de itztli eran de cobre: con esta arma formidable determinaba contener la caballería de su enemigo

El mando de la guarnicion lo confió durante su ausencia á Pedro de Alvarado, el Tonatiuh de los mexicanos, hombre de grandes prendas, intrépido, aunque un tanto arrogante, é íntimo amigo del conquistador. Al irse le recomendó que tuviera moderacion y tolerancia: le previno que vigilase atentamente sobre Moteuczoma, pues que de ser dueño de él dependia enteramente que conservasen su dominio sobre aquel pais: encargó que se le guardasen al monarca todas las consideraciones debidas á su alta gerarquía y que la política prescribia: que guardase el mayor respeto á los usos y preocupaciones del pueblo, porque si bien la pequeña fuerza que quedaba era suficiente para dominarle en tiempos tranquilos, en el caso de un levantamiento seria arrastrada y despedazada como la paja por el aquilon.

A Moteuczoma le exigió la promesa de que se mostraria tan amigo de su teniente como lo habia sido de él mismo. Díjole Cortés que aquel era el mejor modo de complacer al monarca de España, y que por otra parte, si el azteca procedia de otra suerte ó si habia cualquiera rebelion, él seria la primera víctima.

Aseguró el emperador que así lo haria, bien que los últimos sucesos le hacian vacilar acerca de quiénes eran los legítimos representantes del soberano ep España, si los españoles que estaban en la córte

ó los que acababan de desembarcar? Cortés, que hasta entonces habia guardado secreto sobre el asunto, le dijo que los últimos eran compatriotas suyos, pero traidores á su rey: que por lo tanto le era preciso cumplir con el penoso deber de ir sobre ellos y de castigar su rebelion: hecho lo cual, volveria triunfante á la capital antes de irse del pais. Moteuczoma le ofreció ayudarle con cinco mil guerreiros aztecas; pero el general lo rehusó no queriendo hacerse mala obra con un cuerpo de auxiliares sospechosos, si no es que declaradamente enemigos.

Dejó de guarnicion á las órdenes de Alvarado á ciento cuarenta hombres, que eran las dos terceras partes de su fuerza total.¹ Dejó tambien la artillería, la poca caballería y los mas arcabuceros. Escogió solamente setenta soldados, aunque lo mas selecto del ejército, y los mas adictos á su persona. Estaban armados á la ligera y llevaban los menores

¹ En la edicion mexicana de las cartas de Cortés se dice que 500 (Rel. Seg. en Lorenzana, pág. 122); pero esto era mas que el total de la fuerza española. En la traduccion de la misma carta, que se encuentra en Ramusio, impresa desde 1565, se encuentra el número adoptado en el texto. (Navigation et viaggi, fol. 244.) En un instrumento sin fecha, que contiene las declaraciones juramentadas de algunos testigos presenciales del modo con que administró Cortés el real quinto, se dice que ciento y cincuenta soldados quedaron en la capital á las órdenes de Alvarado. (Probanza, fecha en la Nueva-España del Mar Océano á pedimento de Juan Ochoa de Lexalde en nombre de Hernando Cortés, MS.) Lo que se dice en la edicion mexicana notoriamente es un error.

bagages posibles, pues todo dependia de la celeridad de los movimientos.

Moteuczoma, en su real litera llevada en hombros de sus nobles y escoltado por la infantería española, fué á dejar á Cortés hasta la calzada. Allí se abrazaron de la manera mas cordial y partieron con todas las señales exteriores de mútuo miramiento. Esto pasaba á mediados de Mayo de 1520, cerca de seis meses despues de la entrada de los españoles en México. Durante todo aquel tiempo se habian enseñoreado del pais con absoluto dominio. Ahora abandonaban la capital para ir á combatir no á un enemigo indio, sino á sus mismos compatriotas. Aquel era el principio de la larga carrera de calamidades (compensadas, es cierto, por algunos triunfos) que debian pasar antes de que la conquista estuviese consumada.¹

¹ Carta de Villa de Veracruz al emperador, MS. Esta carta que no tiene fecha, probablemente fué escrita en 1520. Véase tambien para lo concerniente á las páginas anteriores, la Probanza fecha á pedimento de Juan de Ochoa, MS. Herrera, Historia General, dec. 2, lib. 9, caps. 1, 21. Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pags. 119, 120. Bernal Diaz, Hist. de la Gonq., caps. 112, 115. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

CAPITULO VII.

CORTES BAJA LA MESA CENTRAL.—NEGOCIACIONES
CON NARVAEZ.—SE PREPARA A ATACARLO.—
CUARTELES DE NARVAEZ.—ES ATACADO
DE NOCHE.—ES DERROTADO.

(1520.)

DESPUES de atravesar la calzada meridional por donde habian entrado, se encontraron aquellos pocos españoles en el hermoso Valle. Doblaron las montañas de que tan inútilmente lo ha cercado la naturaleza, pasaron por entre los enormes volcanes que, semejantes á dos infieles perros que no vigilan en su puesto, habian quedado hace mucho tiempo hundidos en el silencio, atravesaron los estrechos desfiladeros en que antes habian sufrido tan rigurosas é incómodas intemperies, y al salir de ellos bajaron safalda occidental que viene á perderse en las estensas y feraces campiñas de Cholula. Hicieron poco